

el incendio instigado por mí. ¡Ya veis á qué está expuesto el hombre más honrado del mundo, por más que todos saben que, después del rey, es Bonaparte la persona á quien más quiero!

»Tan monótona se desliza su vida, que nada interesante ocurre en Longwood. Sin embargo, voy á contar un sucedido. Ya os hablé de Betzy Balcomb. Pues bien; el domingo pasado asistieron muchos invitados á una fiesta íntima celebrada en las habitaciones de Mme. Montholon, provistos del necesario permiso escrito. Bonaparte, que se enteró del caso, se asomó á una ventana interior, que cae al salón de visitas, y saludó á los concurrentes, cruzando breves palabras con algunos de ellos. Después bajó al jardín y allí se reunieron todos los invitados. Napoleón, que hacía muchos días no había visto á Betzy, le preguntó si todavía era tan traviesa, y como la viera más crecida, añadió: «Ya se conoce que mala hierba siempre crece y nunca muere.» Amoscada por ello la muchacha, y advirtiéndole que Bonaparte iba sin afeitarse, le respondió con su habitual desenfado: «También es necesario ser muy grosero para recibir á las señoras con una barba tan crecida.»

»Me parece haberos dicho ya que desde la salida de Bonaparte de la casa de los Balcomb ha entablado conocimiento amistoso con una tal Miss Robertson. Pues bien, en la reunión de la señora de Montholon habló mucho de ella, y como al preguntar á una señorita si conocía á su ninfa, y si le parecía hermosa, respondiese afirmativamente la interrogada, replicó al punto colérica la joven Betzy, diciendo: «¡No hay tal, porque es muy fea!»

»También voy á daros cuenta del lacónico acuerdo tomado por el abastecedor de la Compañía de Indias.

»Dice literalmente así:

«Señor Gobernador: Tengo el sentimiento de participaros que el general Montholon ha rechazado por mala varias veces, y particularmente ayer, la carne que le sirvo. Como soy enemigo de disputas y no quiero exponerme á ellas, manifiesto á V. E. que desde hoy dejaré de proveer de carne á Longwood. Todavía tienen para hoy y mañana.

»20 de Julio de 1816.»

»Este sujeto cumplió su palabra, pero los de Longwood encontraron otro proveedor.

»Bonaparte tiene cuarenta criados, entre franceses y esclavos de la isla, y necesita 54 raciones diarias (1).

»Hay, además, 12 caballos y 2 carruajes. Hace unos días fué de visita la señora del almirante Malcolm, en el momento en que él iba á subir al coche para pasear por el recinto; y aunque ella le odia cordialmente, según dice, alegróse tanto de que la invitara á pasear en su compañía, que de seguro no la hubiese lisonjeado más el ir en coche con la princesa Carlota ó con el príncipe Regente. Cuando Bonaparte sale en coche, con tiro de seis caballos, Gourgaud y el oficial polaco cabalgan, de uniforme, junto á las portezuelas.

»Aunque todavía no tengo caballos, por lo imposible de adquirirlos, ya conozco la isla, gracias á que el gobernador me presta algunas veces la montura y me acompaña en las excursiones. Las aguas corrientes desembocan en el mar por veintitrés puntos diferentes; pero, no obstante, sólo por cuatro es posible desembarcar, y aun á lo sumo, unos cuantos hombres en bote, cuando por rareza no es violenta la corriente. Estos puntos están guardados y defendidos por baterías, y aunque varios hombres desembarcaran en una de esas gargantas, les

(1) Relación de los artículos suministrados á Longwood durante el mes de Junio de 1816:

Vino de Burdeos.	240 botellas.
» de Graves.	60 »
» de Madera.	30 »
» de Tenerife.	150 »
» de Champagne.	15 »
» de Constanza.	15 »
» de El Cabo.	630 »
Cerveza y sidra.	180 »
Harina superior.	100 libras.
Arroz.	150 »
Manteca.	300 »
Queso.	60 »
Sal.	80 »
Leña.	20.160 »
Velas.	240 »
Carne de buey y ternera.	1.200 »
» de carnero.	1.500 »
Pan.	1.800 »
Te.	15 »
Patatas.	15 talegas.
Palomas.	30
Ocas.	8
Aves de corral.	240

(Cuaderno de un viajero.— Biblioteca Nacional. L.^o 48, 1.943.)

sería materialmente imposible salir de allí, pues la roca está cortada á pico y sin vegetación alguna.

»En cuanto un perro pasa por un sitio cualquiera, ya se pone un centinela en aquel paraje, y así son éstos tan numerosos que la semana pasada un infeliz soldado estaba de facción en un punto tan estrecho que lo derribó una ventolera, cayendo peñas abajo hasta una profundidad de 600 toesas, quedando con los huesos quebrantados.

»He visto una pequeña ensenada, que llaman *Ruppert*, en la que podría anclar un buque, y si bien el camino que da al valle es, aunque difícilmente, accesible, está defendido por tres fuertes, uno de frente y dos en los flancos, con numerosa artillería. Las baterías de los flancos están algo elevadas, sobre todo la del izquierdo. Iba yo con el gobernador y me apeé del caballo para examinar mejor el terreno, y entonces eché de ver que en un rincón más roquizado que el resto del peñascal, podría instalarse una batería de cuatro piezas, casi rasantes. En seguida han empezado las obras de instalación. Sin embargo, he de advertir que sólo es posible desembarcar en bote y con agua hasta los sobacos, porque el fondo de la ensenada está sembrado de peñascos y los buques no podrían anclar á menos de media milla de las baterías, pues más allá no alcanza la sonda el fondo del mar.

»Hay otro paraje, llamado *Valle Lemón*, en donde sería más fácil desembarcar, aunque también tan sólo en bote, y para ir adentro de la isla existe un camino en la roca por el que únicamente puede pasar un hombre de frente. También hay un fuerte del que no podrían salir quienes de él se apoderasen, porque siempre está anclada en aquel paraje una fragata de 36 cañones.

»La llanura de Longwood, la única de la isla, es muy espaciosa (1) y tiene unas cuatro millas de contorno. Está separada del resto de la isla por una espantosa cortadura que la rodea enteramente y sólo hay una lengua de tierra, tan estrecha que el camino apenas tiene veinte pies de ancho. La costa está cortada á pico en todas partes, con 300 toesas de altura mínima. Sólo se puede llegar á este llano por un camino, y no obstante esta dificultad, hay en él un campamento, ocupado por el regimiento 53, un parque de artillería y una

(1) No era tal la opinión del Emperador: «Apenas si es posible dar un galope.» (Thiers: *Historia del Consulado y del Imperio*, t. XX.)

compañía del 66, acampada cerca de la muralla, en la que se abre una puerta. A unas 300 toesas de esta puerta, hacia la parte de la ciudad, hay un destacamento de veinte hombres y todo el recinto está rodeado de cuerpos de guardia, unos á la vista de otros.

»En este recinto pueden pasearse, sin vigilancia personal, Bonaparte y su familia, como llaman aquí al séquito, pero tan sólo de sol á sol; porque en el momento de la puesta, se monta la guardia nocturna y se estrecha el tupido cordón de centinelas hasta unos quince pasos de la casa. El camino de ésta á la ciudad es tan escarpado, que, aunque diez mil hombres se apoderasen de la isla, bastarían 50 para impedirles el acceso á Longwood, sin más armas que los pedruscos. A estas naturales defensas se añade un telégrafo óptico, instalado en todos los picos montañosos, de manera que, en cualquier punto que esté el gobernador, se entera en dos minutos, cuatro veces al día, de la situación del prisionero.

»Resulta, por lo tanto, imposible que Bonaparte se evada, pues en el quimérico caso de que el gobernador lo consintiese, está el mar rigurosamente vigilado por los cruceros ingleses. Día y noche hay vigías apostados en todas las atalayas, y apenas aparece un buque en el horizonte, á 60 millas de distancia generalmente, disparan un cañonazo y se le da una piastra á quien lo divisó primero. Continuamente cruzan dos briques alrededor de la isla, y en cada uno de los dos parajes propicios al desembarco, se halla anclada una fragata. Así, para abordar al punto llamado *Ruppert*, es preciso arrostrar el fuego de los fuertes de la ciudad y de los cañones de la *Newcastle*. Por la noche queda la isla rigurosamente bloqueada y una escuadrilla de lanchas la ronda hasta el amanecer; de modo que si el mar permitiera un desembarco, toda la isla estaría, á los dos minutos, en pie de guerra.

»Días atrás pidió entrada un buque norte-americano, que, por el mal tiempo, no había podido refugiarse en El Cabo. Los cruceros le suplicaron cortésmente que siguiese su rumbo; pero el capitán insistió en la demanda, alegando perentorias necesidades de aprovisionamiento, y entonces le ofrecieron los ingleses unos cuantos cañonazos, ante cuya amenaza desistió el capitán, de muy mal talante. Más afortunado fué, al día siguiente, un buque de guerra portugués, al que el gobernador envió el agua que pedía, pero sin dejarlo entrar.»